

y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residia el rei Quauhtemotzin, y donde se habia recobrado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó acia aquella parte sus operaciones: mas aunque peleó con todas sus fuerzas, por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrepida resistencia de los sitiados. En estos combates perecio mucha gente de una, y otra parte. En uno de los primeros encuentros, se dejó ver un membrudo, y animoso Tlatelolques, disfrazado de Otomite, con un Ichcahuepilli, o coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo, y tres piedras, y corriendo velocisimamente acia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras con tanta destreza, y vigor, que abatio un Español con cada una, causando no menos indignacion a los Españoles, que miedo, y admiracion a los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo a las manos, pero no fue posible, por que en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño a los sitiadores, teniendo ademas tanta velocidad en los pies para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre Tlatelolques era Tzilacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que habia conseguido sobre los Megicanos, quiso un dia internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos, y trincheras, uno entre aquellos, que tenia cincuenta pies de ancho, y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia mandado Cortés, siguió adelante con cuarenta o cincuenta Españoles, y algunos aliados. Los Megicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron, y obligaron a huir, y al pasar el foso mataron muchos aliados, y cogieron cuatro Españoles, que inmediatamente fueron sacrificados, a vista de Alvarado, y los suyos, en el templo mayor de Tlatelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor, y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó a Tlacopan, con intencion de reprender severamente a Alvarado por su temeridad, y desobediencia: pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada, y de que habia tomado los puestos mas difíciles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus ordenes, sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

Traicion de los Joquimilqueses, y de otros pueblos.

Las tropas de Joquimilco, de Cuitlahuac, y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que le ofrecian las continuas entradas de los Espa-

ñoles, para saquear las casas de Megico, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rei Quauhtemotzin, protestandoles su invariable fidelidad, y quejandose de los Españoles por que los forzaban a tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse a los Megicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte a todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rei su intento, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntandoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad, y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian en la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los Españoles, empezaron a saquear las casas de los Megicanos, matando a cuantos se les oponian, y haciendo prisioneros a las mugeres, y a los niños. Conocieron su perfidia los Megicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por orden del rei. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en egecucion, si no por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida, y dispuesta siempre a cometer toda clase de delitos.

Victoria de los Megicanos.

Durante veinte dias no habian cesado los Españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes, y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas, que a sus ordenes tenia, y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro, y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlatelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Megicanos, para arruinarlos en una accion, o al menos inducirlos a rendirse. Cortés, que conocia cuan arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones mas eficaces: mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse a una opinion que habia llegado a ser general en el egercito, tubo que ceder a sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento y quince peones, y diez caballos, fuese a unirse con Alvarado; que emboscase su caballeria, y levantara el campo, fingiendo retirarse, y abandonar el asedio de la ciudad, a fin de que, empeñados los Megicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballeria, por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fue vencido Alvarado,

haciendolo llenar, y apisonar; que no diese un paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles, para entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El día señalado para el ataque general, marchó Cortés con veinte y cinco caballos, toda su infantería, y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército, por una, y otra parte del camino, los bergantines, y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo a la plaza del mercado. El mando de la primera division se dio a Julian de Alderete, tesorero del rei, que era el que con mayor empeño habia importunado a Cortés para emprender aquella expedicion, y este le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta peones Españoles, siete caballos, y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tlacopan a la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló a los capitanes Andres de Tapia, y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones Españoles, y mas de diez mil aliados; y de la mas estrecha, y difícil se encargó el mismo Cortés, con cien peones Españoles, y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando a la entrada de cada calle, el resto de la caballería, y los cañones. Entraron todos a un tiempo, peleando con valor. Los Megicanos hicieron al principio alguna resistencia, pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron, y abandonaron los fosos a los Españoles, a fin de que estos, atraídos por la esperanza de la victoria, se aventurasen a los peligros que los aguardaban. Algunos Españoles llegaron a las calles mas proximas a la plaza, dejando incautamente detras un ancho foso abierto, y cuando con mas ardor procuraban entrar a porfia en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que solo se tocaba por los sacerdotes en caso de urgencia publica, para exitar al pueblo a tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas Megicanas, y embistieron con tanta furia a los Españoles, y aliados, que los desordenaron, y obligaron a volver atras hasta el foso. Este parecia facil de pasar, por estar lleno de ramazon, y otros obgetos de poco peso, y al poner el pie en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba*. Allí fue el mayor apuro de los fugitivos,

* Solis dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los Españoles, fueron atacados por los Megicanos, mas este es un error manifesto,

pues no pudiendo pasar a nado, y defenderse al mismo tiempo, morian a manos de los Megicanos, o quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, habia acudido al peligro, cuando vio llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos, y exortaciones, a fin de que su desorden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. Pero ¿qué voces bastan a contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la agujonea? Atravesado del mas vivo dolor por la perdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso, para salvar a los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en orden, y encaminarlos al campo, quedando él detras con doce o veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho, rodeado de enemigos. Aquel día hubiera sido el último de su vida, a pesar del extraordinario brio con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de Megico, si los Megicanos, en vez de darle la muerte, como pudieron hacerlo facilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre victima a sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudio con la mayor prontitud a libertarlo. Debio Cortés principalmente la vida, y la libertad a un soldado de su guardia, llamado Cristoval de Olea, hombre de gran valor, y de singular destreza en las armas*, el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó a costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al Megicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron a su preservacion el principe D. Carlos Ijtlijochitl, y un valiente Tlascalas llamado Temacatzin.

Llegaron por fin los Españoles, aunque con indecible dificultad, y con no poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre a retaguardia con la caballería: pero el arrojo, y el furor con que los perseguian los Megicanos eran tales, que parecia imposible que uno solo escapase vivo. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates, pero habiendo sido mas diligentes en llenar los

pues nos consta por el dicho de Cortés, y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacopan, y la plaza del mercado, y que para regresar los Españoles a su campo tubieron que atravesar la mayor parte de la ciudad.

* Bernal Diaz alaba en muchos lugares de su historia el valor de Olea, cuya muerte fue mui sentida por el general, y por los soldados.

fosos, les fue menos difícil la retirada, cuando, por orden de Cortés, la efectuaron acia la plaza mayor de Tenochtitlan, donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo dolor elevarse, de los hogares del templo mayor, el humo del copal que los Megicanos quemaban a sus dioses, en acción de gracias por la victoria: pero creció su pena, cuando los vencedores, para desanimarlos, les arrojaron las cabezas de algunos Españoles, y cuando oyeron decir que habían perecido Alvarado, y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, a su campamento, hostigados sin cesar por una gran muchedumbre de enemigos.

Alvarado, y Sandoval habían procurado entrar en la plaza del mercado por un camino que iba desde el de Tlacopan a Tlatelolco, y avanzaron felizmente sus operaciones, hasta un sitio poco distante de la plaza: pero habiendo visto los sacrificios de algunos Españoles, y oído decir a los Megicanos que Cortés, y sus capitanes habían perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose agregado a los enemigos que antes los atacaban, los que habían derrotado las tropas de Cortés.

La pérdida que tubieron en aquella jornada los sitiadores fue de siete caballos, muchas armas, y barcas, un cañon, mas de mil aliados, y mas de sesenta Españoles, de los cuales unos murieron en la batalla, y los otros, que cayeron prisioneros, fueron inmediatamente sacrificados en el templo mayor de Tlatelolco, a vista de la división de Alvarado. También murió el capitán de un bergantín. Cortés fue herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido, o mal parado*.

Celebraron los Megicanos por espacio de ocho dias continuos la victoria que acababan de conseguir, con iluminaciones, y musica en los templos; propagaron la noticia por todo el reino, y enviaron a las provincias las cabezas de los Españoles que habían perecido, para amedrentar a los pueblos que se habían rebelado contra la corona, y volverlos a traer a su obediencia, como lo consiguieron de algunos. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y volvieron a poner la ciudad, exepcto los templos, y las casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba antes del asedio.

* Cortés no cuenta mas que 35, o 40 Españoles muertos, y 20 heridos, pero, como otros muchos generales, disminuye sus perdidas, y así lo hizo con la que experimentó en la derrota del 1 de Julio. Mas digno de credito es Bernal Diaz, que parece tener particular esmero en llevar cuenta de los Españoles que iban faltando.

Combates de los Bergantines, y estratagemas de los Megicanos.

Entretanto los Españoles estaban a la defensiva, curando a los heridos, y restableciéndose para los combates futuros; mas a fin de que no se aprovecharan de su descuido los Megicanos, e introdugesen viveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago, dos a dos. Los Megicanos, reconociendo la superioridad de los buques, y de las armas de sus enemigos, y no pudiendo servirse de los mismos recursos, quisieron a lo menos rivalizar en cierto modo con los bergantines. Con este objeto habían fabricado treinta barcas grandes, llamadas por los Españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas de gruesos tablados, para poder combatir en ellas, sin tanto riesgo de irse a pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada a los bergantines en los cañaverales que había entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas, ocultas por las aguas, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, o a lo menos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaño, hicieron salir de los canales tres o cuatro barcas pequeñas, a provocar a los bergantines, que allí cruzaban, y a empeñarlos, con una disimulada fuga al punto de la emboscada. Los Españoles, al ver las barcas, hicieron vela acia ellas, y cuando estaban mas empeñados en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo las treinta barcas grandes, y atacandolos por todos lados. Corrieron los Españoles gran riesgo de perder los buques, y las vidas, pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenían a los enemigos, tubieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres de todo empacho, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga a los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño, los Españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la acción, y otro algunos dias despues. Los Megicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema, pero avisado secretamente Cortés del sitio en que se ponían en acecho, dispuso otra emboscada con seis bergantines, y aprovechandose del ejemplo de los enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que estos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, huyese acia la emboscada Española. Todo se hizo conforme a su plan: porque los Megicanos, al ver al bergantín, salieron prontamente, y cuando se creían mas seguros de su presa, los atacaron de pronto los otros cinco bergantines, y empezaron a servirse de la artillería, con cuya primera descarga echaron a pique unas barcas, y hicie-

ron pedazos otras. La mayor parte de los Megicanos perecieron; muchos fueron prisioneros, y entre ellos algunos nobles de quienes se sirvió Cortés para proponer un convenio con la corte de Megico.

Mensaje infructuoso al rei de Megico.

Mandó pues a decir al rei, por medio de aquellos personajes, que considerase cuanto se iba disminuyendo la poblacion de su reino, al mismo tiempo que se aumentaban las fuerzas de los Españoles; que al fin debian ceder al mayor numero; que aunque el egercito sitiador no entrase en la ciudad a cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada a toda especie de socorro, para que el hambre hiciese lo que no habian hecho las armas; que aun estaba a tiempo de evitar los desastres que lo amenazaban; que si admitia las condiciones pacificas que le ofrecia, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio, quedando el rei en tranquila posesion del poder, y de la autoridad de que hasta entonces habia gozado, y sus subditos, libres, y dueños absolutos de sus bienes; que lo que solo se exigia de Su Magestad, y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rei de España, como supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos habian sido ya reconocidos por los mismos Megicanos, y se fundaban en la antigua tradicion de sus mayores; que si, por el contrario, se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus subditos perderian la vida, y aquella grande, y hermosa ciudad quedaria reducida a cenizas, y escombros. El rei consultó con sus ministros, con los generales de sus egercitos, y con los gefes de la religion; les espuso las proposiciones que el caudillo Español le hacia, la escasez de viveres, la afliccion del pueblo, y los males aun mayores que los amenazaban, y les mandó que digesen libremente su parecer. Algunos previendo el éxito de la guerra, se inclinaban a la paz; otros, movidos por odio a los Españoles, y por el estímulo del honor, insistian en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era de tanto peso en aquel asunto, como en todos los graves, se opusieron fuertemente a la paz, alegando los supuestos oraculos de sus dioses, cuya colera debia temerse, si cedian los Megicacanos a las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion debia ser implorada con oraciones, y sacrificios. Prevaleció este dictamen, por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud se respondió al general Español que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos a defenderse hasta el ultimo aliento. Si los

hubiesen inducido a esta resolucion, no ya el miedo de sus falsas divindades, si no el honor, el amor de la patria, y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su tezon, pues aunque su ruina parecia inevitable continuando la guerra, no podian tener esperanza de que la paz mejorase su condicion. Por otra parte, la esperiencia de los sucesos pasados, no les permitia fiarse a las promesas de aquellos estrangeiros: asi que debia parecerles mas confirme a las ideas de honor la resolucion de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria, y de la independenciam, que abandonar la misma patria a unos invasores codiciosos, y quedar reducidos, por su humillacion, a una triste, y miserable esclavitud.

Espediciones contra los Malinaqueses y los Matlatzinqueses.

Dos dias despues de la derrota de los Españoles, llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros enviados por la ciudad de Quauhnahuac, a quejarse de los grandes males que les hacian los Malinalqueses, sus vecinos, los cuales, segun parecia, querian confederarse con los Cohuizques, nacion muy numerosa, para destruir a Quauhnahuac, por que se habia aliado con los Españoles, y pasar despues los montes, dirigiendose con un gran egercito al campamento de Cortés. Este general, aunque se hallaba mas bien en estado de pedir socorro que de darlo, por la reputacion de las armas Españolas, y para evitar el golpe que lo amenazaba, envió al capitán Andres de Tapia con los mismos mensajeros, y con doscientos peones Españoles, diez caballos, y un buen numero de aliados, encargandole que se uniese con las tropas Quauhnahuaqueses, e hiciese cuanto pudiese convenir al servicio de su rei, y a la seguridad de sus compatriotas. Tapia egecutó cuanto se le habia mandado, y en un pueblecillo situado entre Quauhnahuac, y Malinalco, tubo una gran batalla con los enemigos, los destruyó, y los persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla, como hubiera querido, por ser el monte inaccesible a la caballeria, pero asoló la campiña, y siendo ya cumplido el termino de diez dias que el general lo habia señalado, volvió a reunirse con el grueso del egercito.

Dos dias despues llegaron los mensajeros de los Otomites del valle de Toloacan, pidiendo ayuda contra los Matlatzinques, nacion guerrera, y poderosa del mismo valle, los cuales les hacian guerra, quemando sus pueblos, y cogiendoles muchos prisioneros, y ademas se habian puesto de acuerdo con los Megicanos, para atacar con todas sus fuer-

zas el egercito de Cortés, por parte de tierra, mientras ellos hacian una salida general. En efecto, en las diferentes entradas de los Españoles en Megico, los habitantes los habian amenazado con el poder de los Matlatziques; por lo que Cortés, oido el mensaje de los Otomites, conocio el grave riesgo que corria si daba tiempo a que los enemigos egecutasen su designio. No quiso confiar aquella importante empresa si no al ilustre, y nunca vencido Sandoval. Este hombre infatigable, aunque habia recibido una herida el dia de la derrota de Cortés, en los siguientes habia estado egerciendo las funciones de general, recorriendo incesantemente los tres campamentos, y dando las ordenes mas oportunas para su seguridad. Pasados apenas catorce dias despues de aquel desastre, marchó al valle de Toloacan, con diez y ocho caballos, cien peones Españoles, y sesenta mil aliados. En el camino vieron indicios de los estragos hechos por los Matlatziques, y cuando entraron en el valle hallaron un pueblo recién-destruido, y descubrieron las tropas enemigas, que marchaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron, al divisar a los Españoles, queriendo pelear sin aquel embarazo. Pasaron un rio, que atraviesa el valle, y permanecieron en la orilla, aguardando de pie firme a los Españoles. Sandoval lo vadeó intrepidamente con su egercito, atacó a los contrarios, los obligó a ponerse en fuga, y los siguió por espacio de nueve millas, hasta una ciudad, donde se refugiaron los Matlatziques, dejando muertos mas de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo, y forzó a los enemigos a dejarlo, y a guarecerse en una fortaleza, construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el egercito victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego a los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadisima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar alli aquella noche, reservando para el dia siguiente el asalto de la fortaleza: mas cuando quiso emprenderlo, la halló abandonada. En su regreso, pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no necesitó emplear las armas contra ellos, porque amedrentados a la vista de tan formidable egercito, aumentado con numerosos refuerzos de Otomites, se rindieron espontaneamente al gefe Español. Este los acogió con suma benignidad, y exigió de ellos que indugesen a los Matlatziques a ser amigos de los Españoles, representandoles las ventajas que de ellos podian aguardar, y los males que podria acarrearles su enemistad. Estas expediciones fueron de grandisima importancia, pues cuatro dias despues de la vuelta de Sandoval, llegaron al campamento

de Cortés muchos señores Matlatziques, Malinalqueses, y Cohuijques* a escusarse por las hostilidades cometidas, y a establecer una confederacion que fue tan util a los Españoles, como perjudicial a los Megicanos.

Ya no tenian los Españoles, enemigos que temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan exesivo numero de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de Megico mas gente que la que Gerges envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de empaeho mas bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los Megicanos por el contrario se hallaban abandonados por sus confederados, y por sus subditos, rodeados de enemigos, y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra si, los Españoles, el reino de Acolhuacan; las republicas de Tlascalala, de Huejotzinco, y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de Megico; las numerosas naciones de Tonaques, Mijteques, Otomites, Tlahuiques, Cohuijques, Matlatziques, y otras: de modo que ademas de los enemigos estrangeros, mas de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

Hecho memorable del general Chichimecatl.

Mientras Sandoval empleaba su acero, y su pericia militar contra los Matlatziques, el Tlascal Chichimecatl dio una nueva prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que despues de la derrota, los Españoles se mantenian en la defensiva, determinó hacer una entrada en Megico, solo con sus Tlascalenses. Salio pues del campamento de Alvarado, donde habia permanecido desde el principio del asedio, acompañando a los Españoles en todos los combates, y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó, en aquella expedicion, muchos fosos, y dejando en el mas importante, y arriesgado, una guarnicion de cuatrocientos flecheros, para que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de las tropas en el capital, donde tubo un terrible encuentro con los Megicanos, en que fueron muertos, y heridos muchos de una, y otra parte. Lisongeabanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terrible a los Tlascalenses, en el paso del foso, por lo que les siguieron el alcance cuando vieron que se retiraban, pero con

* Cortés escribe Cuisco, en vez de Cohuijco. El autor de las notas a las cartas de aquel conquistador pensó que hablaba de Huisuco, por que no sabia que habia una gran provincia llamada Cohuijco. Huisuco, en Megicano Huitzoco, era y es un lugar oscuro, y no una gran provincia como Cortés dice que era Cuisco.

el auxilio de los flecheros, pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos, y volver lleno de gloria a su campo*.

Los Megicanos, para vengarse del arrojó de los Tlascalenses, atacaron una noche el campo de Alvarado: pero habiendolos oido oportunamente las centinelas, corrieron a las armas Españoles, y aliados. Duró el combate tres horas, durante las cuales, oyendo Cortés el cañoneo desde su campo, y sospechando lo que seria, creyó que aquella era una excelente ocasion de entrar en la ciudad con su gente, que ya estaba curada de sus heridas. Los Megicanos que habian ido a Tlacopan, no habiendo podido superar la resistencia de los Españoles, volvieron al pueblo, donde hallaron el exercito de Cortés. Ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una ni otra parte.

En este mismo tiempo, y cuando mas necesidad habia de armas, y municiones, llegó un buque con socorros a la Vera Cruz, y con ellos pudieron los Españoles continuar las operaciones del sitio. El principe D. Carlos Ixtliljochitl habia aconsejado al general Español que no se empeñase en nuevos ataques, que debian ser funestos a su exercito, haciendole ver que sin esponerse a nuevas perdidas, y sin arruinar los edificios de aquella hermosa ciudad, podria apoderarse de ella solo con impedir la entrada de viveres, pues cuanto mayor fuese el numero de los sitiados, tanto mas pronto consumirian las pocas provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, que no debia esperarse de un principe tan joven, y que solo deseaba ocasiones de señalar su intrepidez, fue tan del gusto del caudillo Español, que, sin

* Bernal Diaz dice que despues de la derrota de Cortés en Megico, los Españoles se vieron abandonados por sus aliados, y que estos, por miedo de las amenazas que los sitiados les hacian en nombre de los dioses, se retiraron todos a sus casas; que en el campo de Cortés solo quedo el principe D. Carlos con 40 Tezcucanos; en el de Sandoval, un señor de Huejotzinco con 50 hombres, y en el de Alvarado el general Chichimecatl con 80 Tlascalenses. Mas esto no pudo ser, pues dos dias despues de la retirada, salió el capitan Tapia a combatir a los Malinalqueses, y llevó consigo muchos aliados, como lo refiere el mismo Bernal Diaz. Doce dias despues de Tapia, partió del mismo campo Sandoval con 60,000 aliados, segun Cortés, y mientras Sandoval hacia la guerra a los Matlatziques, esto es diez y seis, o diez y ocho dias despues de la derrota, hizo su famosa entrada Chichimecatl, y no pudo verificarla sin muchos millares de Tlascalenses. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados, y que si se fueron algunos, pronto volvieron, pues de allí a pocos dias, habia en los tres campamentos, y especialmente en el de Cortés, mayor numero de aliados, que antes de su ultima, y desastrosa expedicion. Cortés no habla de aquella desercion, y no es probable que la echase en olvido en la relacion que hace al rei de sus desventuras.

poder contenerse, corrió a darle un abrazo, significandole con las mas vivas espresiones su gratitud. Observó en efecto aquel plan algunos dias: mas despues, cansado de la inaccion, volvió a las antiguas hostilidades, aunque no sin ofrecer antes la paz a los Megicanos, esponiendoles las razones con que antes habia procurado convencerlos. Los Megicanos respondieron que no dejarían jamas las armas, interin los Españoles permaneciesen en aquel pais.

Estragos de Megico, y valor de algunas mugeres.

Informado de esta resolucion, viendo que llevaba ya cuarenta, y cinco dias de asedio, y que cuanto mas convidaba con la paz a los sitiados, tanto mas se obstinaban en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad sin destruir todos los edificios de una, y otra parte de la calle, tanto por evitar el daño que recibían sus tropas de las azoteas, como para obligar a los enemigos, con tan rigorosas hostilidades a ceder a sus proposiciones. Pidió para esto, y obtuvo de los aliados algunos millares de gastadores, provistos de las armas necesarias, para echar abajo las casas, y rellenar los fosos. Hizo en los dias siguientes nuevas entradas en el pueblo, con sus Españoles, con los bergantines, y con mas de cincuenta mil aliados, arruinando los edificios, llenando los fosos, y disminuyendo el numero de los contrarios, aunque no sin grave riesgo de su persona, y de su gente, pues hubiera caido él mismo prisionero, a no haber llegado oportunamente, a socorrerlo sus soldados, y el grueso de sus tropas tubo que huir varias veces, para sustraerse al furor de los Megicanos. Peciéron en aquellas jornadas algunos Españoles, y aliados, y dos bergantines estuvieron ya casi vencidos por una escuadra de canoas; mas otro bergantin los sacó de aquel apuro.

Hicieronse célebres en estas entradas algunas mugeres Españoles, que acompañaron voluntariamente a sus maridos a la guerra, y que con los continuos males que sufrían, y con los ejemplos de valor que tenían siempre a la vista, habían llegado a ser buenos soldados. Hacían la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodón, espada, y rodela, y se arrojaban intrepidamente a los enemigos, aumentando, no obstante su sexo, el número de los sitiadores*.

El 24 de Julio se hizo otra entrada en la ciudad, con un numero de

* Estas mugeres se llamaban Maria de Estrada, de cuyo valor he hablado antes; Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martin, Isabel Rodriguez, y Beatriz Palacios.

tropas, superior al de las ultimas*. Los Españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unia el grande de Iztapalapan, con el de Tlacopan, operacion que Cortés deseaba con ansia, para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Tomaron, y llenaron varios fosos, y quemaron, y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rei Quauhtemotzin, que era vastisimo, solido, y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad, tres quedaron aquel dia en poder de los Españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener alli mas agua el lago, era la mas fuerte, y segura.

Por una señora Megicana, que fue hecha prisionera en el ultimo asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de viveres, y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rei, sus parientes, y una parte de la nobleza estaban decididos a morir antes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado, y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos, que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron a no dejar pasar un dia, sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad, o destruirla.

Volvio en efecto el 25 con su egercito, y se apoderó de una larga calle, en que habia un foso tan ancho, que para llenarlo fue necesario pasar todo el dia. Entre tanto, las tropas demolian todas las casas de una, y otra acera, a pesar de la resistencia de los Megicanos. Estos, viendo a los aliados tan afanados en aquella destruccion, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondian: "Asi lo haremos, si salis vencedores, pero mas probable es que vosotros las alceis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los Megicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros, para estorvar el juego de la caballeria: pero los aliados sacaron gran partido de esta estratagema, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de estos, recién-hechos por los Megicanos, y de considerable anchura. Alvarado por su parte se adelantaba cada vez mas en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó a ganar dos torres proximas al palacio en que residia el rei Quauhtemotzin: pero pudo avanzar, como deseaba, por la suma

* Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas Españolas, acudieron en tan gran numero a servir en el asedio, que era imposible contarlos.

dificultad que halló en los fosos, y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron a retroceder, y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humarada extraordinaria que se alzaba de aquella torre, y sospechando lo que en efecto sucedia, entró como solia en la ciudad, y empleó todo el dia en reparar los pasos dificiles. Solo le faltaban un canal, y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvio hacerse dueño de aquellos puntos, y lo consiguio, y entonces fue cuando por primera vez, despues de empezado el asedio, se reunieron sus tropas a las de Alvarado, con indecible jubilo de unos, y otros. Entró Cortés con alguna caballeria en aquella gran plaza, y vio en ella innumerable gente, alojada en los porticos, por no haber quedado casas en pie en todo el barrio. Subio al templo, desde el cual observó la ciudad, y vio que solo le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego a las altas, y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, asi como en el templo mayor de Tenochtitlan, se adoraba el idolo del dios de la guerra. La plebe Megicana, viendo aquel gran incendio, que parecia subir hasta las nubes, prorrumpio en las mas amargas demostraciones de dolor. Movido a piedad, al ver el triste estado a que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el dia las hostilidades, y envió nuevas proposiciones a los sitiados: mas ellos respondieron que interin quedase un Megicano con vida, defenderia la patria hasta morir.

Estado deplorable de los Megicanos.

Pasados cuatro dias sin combates, entró de nuevo Cortés en Megico, y encontró una gran multitud de hombres, mugeres, y niños, debiles, macilentos, y casi moribundos de hambre, la cual habia llegado a tal punto, que muchos vivian de yerbas, de raices, de insectos, y aun de las cortezas de los arboles. Compadecido a vista de tantas desventuras, mandó a sus tropas que no hiciesen daño a nadie; pasó a la plaza del mercado, y vio los porticos llenos de gente desarmada, indicio seguro del desaliento del pueblo, y del disgusto con que sufría la obstinacion del rei, y de la nobleza. La mayor parte de aquel dia se empleó en negociaciones de paz: pero viendo Cortés que nada conseguia, dio orden al capitan Alvarado que entrase de mano armada por una gran calle en que habia mas de mil casas, y él, con todo su egercito, renovó los ataques por otro punto. Fue tan grande el destrozo que hicieron aquel dia en los sitiados, que entre muertos, y prisioneros se contaron mas de doce mil. Los aliados se